

Cash

Sinopsis:

Estamos en el año 2035. Pese a haber pasado por dos pandemias y tres crisis financieras, el mundo sigue siendo muy parecido al nuestro. Con una salvedad: el dinero en efectivo ya no se acepta en ningún sitio. Con este condicionante, Juan Carlos, que sobrevive tocando con la flauta canciones de Johnny Cash en la estación de autobuses de Bilbao, se ve obligado a llevar un datáfono para recibir las propinas de sus donantes. El conflicto estalla cuando Gabriel, un joven becario en un banco, paga su interpretación con una moneda de dos euros. Juan Carlos le pide que, si quiere darle algo, que lo haga con la tarjeta. El problema llega cuando Gabriel se da cuenta de que se ha dejado la cartera en casa, impidiéndole no solo remunerar a Juan Carlos por su arte, sino, sobre todo, pagarse el billete para volver a su domicilio en Lezo. En un giro del destino, ahora es Gabriel el que tiene que pedirle a Juan Carlos que le financie el viaje. Pero Juan Carlos ha sido cocinero antes que fraile (o banquero antes que *perroflauta*) y sabe aprovechar una situación de privilegio en una negociación... Salvo que el destino vuelva a hacer de las suyas.

Descripción de los personajes:

JUAN CARLOS: Tiene unos 40 años. Pelo rapado por los laterales y rastas. Viste con unas mallas negras y una camiseta de tirantes del mismo color. Es la versión perrofláutica de Johnny Cash. Ahora toca en las estaciones de autobuses para buscarse la vida, pero ha conocido tiempos mejores. Concretamente, como responsable de área de productos financieros e inversiones en un banco... antes de que vinieran los recortes de personal.

GABRIEL: Joven dinámico, bien vestido y peinado. Es el reverso luminoso de Juan Carlos, pero, a nada que te descuides, el destino puede llevarte a convertirte en tu contrario. Va de durillo, pero en el fondo tiene buen corazón y no puede negarse a nada si le tocan la fibra.

Cash

Estación de autobuses de Bilbao. JUAN CARLOS, 40 años, vestido con unas mallas negras, una camiseta negra de tirantes, pelo rapado por los laterales y a rastas por detrás, y barba de varios días, toca con la flauta algo que remotamente se parece a los compases iniciales de 'I walk the line', de Johnny Cash. Se interrumpe y canta, con no mala voz y mejor pronunciación:

JUAN CARLOS: I keep a close watch on this heart of mine

I keep my eyes wide open all the time

I keep the ends out for the tie that binds

Because you're mine, I walk the line

Se lleva la flauta a los labios de nuevo cuando por una lateral entra una persona. Juan Carlos deja de tocar para abordarla.

JUAN CARLOS: Jefe, buenas tardes, una ayudita para coger el bus a Donosti... *(La persona le esquiva y sale por el otro lateral)*. Vale, muchas gracias, que tenga un buen día. *(Vuelve a coger la flauta, cuando entra otra persona por el lateral contrario. Juan Carlos se interpone con más habilidad y le lanza de nuevo la petición:)* Jefe, buenas tardes, a ver si me puede ayudar con algo para pagarme el billete para Donosti, si es usted tan amable. *(El interpelado se echa la mano a la cartera y saca una tarjeta de crédito. Juan Carlos saca de su riñonera un datáfono y*

teclea unos números.) Muy bien, muchas gracias. Tenga, jefe *(le tiende el datáfono.)*
Marque la cantidad que desee y pase la tarjeta. Sin meterla, es *contactless*. *(El hombre teclea y pasa la tarjeta. Suena un 'beep'.)* Pues ya estaría. ¿Quiere copia?
(El hombre niega con la cabeza y se apresura a salir por el lateral contrario al que ha entrado.) Gracias, que tenga un buen día. *(Guarda el datáfono y vuelve a tocar la flauta. Entra GABRIEL, 25 años, joven profesional, moderno, bien vestido. Juan Carlos le sale al encuentro, interponiéndose en su camino.)* Buenas tardes, jefe, a ver si me podría dar una ayudita... *(Gabriel trata de esquivarle, pero Juan Carlos le ve la intención y le corta el paso.)* Una ayudita para ir a Donosti, si es usted tan amable. *(Gabriel se echa la mano al bolsillo de la americana, rebusca y saca una moneda. Se la da a Juan Carlos y sigue su camino. Juan Carlos se queda mirando la moneda un momento antes de reaccionar. A Gabriel:)* ¡Oye, oye!

GABRIEL: *(Se detiene y se gira hacia Juan Carlos.)* ¿Qué pasa?

JUAN CARLOS: *(Le enseña la moneda.)* ¿Pero esto qué es?

GABRIEL: ¿Cómo que qué es? Pues dos euros.

JUAN CARLOS: ¿Y adónde quieres que vaya yo con esto, jambo?

GABRIEL: ¿No has dicho que ibas a Donosti?

JUAN CARLOS: A Donosti, sí. Pero con esto no voy a ni a la esquina, que ya no cogen *cash* en ningún sitio.

GABRIEL: Yo qué quieres que te diga, algo podrás hacer con eso, que es dinero de curso legal. Y dos eurazos. No sé si alguien te habrá dado algo así hoy.

JUAN CARLOS: Como si me das doscientos doblones del capitán Silver, si ahora se paga todo con tarjeta. Que estamos en 2035, chico. Que hemos pasado ya dos

pandemias y tres crisis financieras, por si no lo sabías. El efectivo es una reliquia, no te lo aceptan en ningún sitio.

GABRIEL: Pues vete al banco. Ahí te lo cogen. Que te lo ingresen en la cuenta y listo.

JUAN CARLOS: A ver, colega, ¿tú sabes lo que es el coste de oportunidad?

GABRIEL: ¿El qué?

JUAN CARLOS: El coste de oportunidad, el coste de la alternativa a la que renunciamos cuando tomamos una determinada decisión, incluyendo los beneficios que podríamos haber obtenido de haber escogido la opción alternativa.

GABRIEL: Ah, sí, el coste de oportunidad. ¿Y qué?

JUAN CARLOS: Pues que si voy ahora al banco a que me ingresen estos dos euros, pierdo los beneficios de haberme quedado aquí pidiendo más pasta. Ese es mi coste de oportunidad.

GABRIEL: Ya, bueno, ¿y qué quieres que yo te haga?

JUAN CARLOS: Pues estirarte un poco, tío, y tirar de tarjeta. *(Sacando el datáfono de la riñonera.)* Mira, aquí tengo la bacaladera. Me ingresas los dos eurillos y yo te devuelvo la moneda, para que te hagas un colgante.

GABRIEL: Mucha exigencia me parece esto, ¿no?

JUAN CARLOS: No, hombre, exigencia ninguna, ¿eh? Que yo pido con educación y por favor. Pero si me quieres dar algo, por lo menos que sea una cosa que pueda aprovechar, que ni las máquinas de la fontvella te cogen ya monedas. Que no es por faltar, jefe, pero no sé yo cómo vas tan de moderno y me sacas luego una cosa del tiempo del miriñaque.

GABRIEL: Pues no sé yo tampoco por qué tengo que darte explicaciones, pero, si quieres saberlo, el caso es que esta mañana me he puesto esta americana que llevaría dos o tres temporadas en el armario y, cuando me has bloqueado el paso de ese modo tan educado y tan de por favor, he rebuscado en los bolsillos y ha aparecido esa moneda, que no sé ni el tiempo que llevaría ahí. Así que da gracias y, si puedes hacer algo con ella, me alegro, que te aproveche.

JUAN CARLOS: Ya, vamos, que aún he tenido suerte, que me podría haber tocado en suerte un botón viejo o una pelusilla.

GABRIEL: A ver, que a fin de cuentas sigue siendo dinero.

JUAN CARLOS: ¡Pero jefe! A ver si nos enteramos, que esto carece ya del valor simbólico aceptado universalmente que define al dinero como unidad de intercambio de bienes o servicios. Que no te lo coge ya ni el cura que pasa el cesto, vamos.

GABRIEL: Pues mira, yo que sé, échala a un pozo, que dicen que da suerte. *(Se gira para irse.)*

JUAN CARLOS: ¡Hala, venga, y ahora se va! Primero se saca la basurilla que se encuentra en el bolsillo, que podría haber sido un clínex usado o el tique del supermercado, me la da como si fuera yo una papelera y luego se da el piro.

GABRIEL: Oye, que yo no he hecho nada de eso, ¿eh?

JUAN CARLOS: Que yo no te he faltado al respeto en ningún momento, ¿eh? Que para mí el cliente es siempre lo primero. Pero es que verme tratado así... *(Al borde del llanto.)* ¡Que porque viva en la calle no merezco que me hagan esto, joder! Además, que tú ahora te crees a salvo de todo esto, pero que sepas que, hasta no hace demasiado tiempo, yo también tenía un curro y una vida no muy distinta a la

tuya. Que la vida da muchas vueltas y, por un giro del destino, no te vayas a pensar que no puedes verte en mi situación.

GABRIEL: *(Algo incrédulo:)* ¿Que tenías un trabajo?

JUAN CARLOS: Sí, señor. Y mi dinerito me levantaba todos los meses. Sueldo fijo más comisiones.

GABRIEL: ¿Y en qué trabajabas, si puede saberse?

JUAN CARLOS: En un banco. En el área de productos financieros e inversiones. Pero, con el tema de la banca por internet, se fue todo a la mierda. Se abaratan costes, pero se pierde el toque humano. Redujeron la plantilla y me tocó la china.

(Gabriel se queda un momento pensativo. Se lleva luego la mano al bolsillo.)

GABRIEL: Hala, venga, vamos a terminar con esto. Trae el datáfono ese. *(Juan Carlos se acerca con el aparato. Gabriel se lleva la mano al otro bolsillo, y luego al otro, y luego rebusca en el primero, y después en el segundo, cada vez más frenéticamente y más nervioso.)* Joder, joder. ¡Que no está!

JUAN CARLOS: ¿Pero qué pasa ahora, jefe?

GABRIEL: La cartera, que no la tengo. *(Se lleva las manos a la cabeza.)* ¡Me la he dejado en la otra chaqueta! No me he acordado de pasarla a esta cuando me la he puesto esta mañana.

JUAN CARLOS: Vaya, qué movida.

GABRIEL: *(Desesperado.)* ¿Y qué hago ahora? ¿Cómo vuelvo a casa?

JUAN CARLOS: ¿Cómo has venido?

GABRIEL: Me ha traído una vecina desde Lezo. Nos turnamos con el coche cada semana. Como me tenía que quedar un rato más en el trabajo, le he dicho que se volviera sola, que ya cogería luego el autobús a Donosti y desde ahí, el tren o lo que sea.

JUAN CARLOS: Pues no sé. ¿No puedes llamar a alguien?

GABRIEL: El móvil también está en la otra chaqueta.

JUAN CARLOS: ¿Y no te echará alguien en falta cuando vean que no llegas?

GABRIEL: Pues vivo con mis padres, porque a ver quién tiene pasta para comprarse un piso o irse de alquiler, pero el caso es que están de vacaciones y no hay nadie en casa.

JUAN CARLOS: Pues vaya plan, compadre.

GABRIEL: Oye, y tú, ¿no me podrías dejar algo para el autobús?

JUAN CARLOS: *(Asombrado.)* ¿Yo?

GABRIEL: Hombre, yo ya te he ayudado antes.

JUAN CARLOS: Sí, menuda ayuda. Si quieres te devuelvo la moneda de dos euros, a ver qué haces con ella.

GABRIEL: No fastidies, hombre, que con eso no hago nada. No la cogen en ningún sitio.

JUAN CARLOS: ¡A mí me lo vienes a contar!

GABRIEL: Venga, tío, que yo también trabajo en un banco. Bueno, de prácticas, que para cuando te hacen un contrato decente... Es igual, que somos colegas y entre colegas nos tenemos que ayudar, ¿no?

JUAN CARLOS: A mí no me líes, que yo ya no curro ahí, ¿eh?

GABRIEL: Venga, hombre, em, ¿cómo te llamas?

JUAN CARLOS: Juan Carlos.

GABRIEL: Yo, Gabriel. Juan Carlos, hoy por ti, mañana por mí. Vamos a la taquilla y me pagas con tu tarjeta, que te prometo que mañana vengo y te lo devuelvo.

JUAN CARLOS: ¡Pero qué me estás contando!

GABRIEL: Venga, Juan Carlos, por favor. Que eres mi única esperanza, que ya no se puede ni dar pena a las taquilleras, que no hay, que ahora todo funciona con máquinas expendedoras. Que tenías razón con lo del toque humano, que es tremendamente injusto que eso se pierda.

JUAN CARLOS: Pero qué me vienes a decir ahora del toque humano, si me has tratado antes como un cenicero.

GABRIEL: Que no, que no. Que estoy muy arrepentido. Perdóname. Mira, págame el billete, por favor, para que pueda volver a casa, y te juro que vengo mañana y te doy el doble. (*Juan Carlos se lo piensa.*) Que tú trabajabas en productos financieros, a ver qué inversión conoces tú que te rente un cien por cien en solo 24 horas.

JUAN CARLOS: Mejor me das el triple.

GABRIEL: Joder, ¿y lo del toque humano?

JUAN CARLOS: El toque, el toque... lo que toca es aprovecharse de la posición de dominio que tengo en el mercado ahora mismo. Además, que esto es una inversión de riesgo, que tú te vas y vete a saber si mañana vuelves o no.

GABRIEL: Que sí que voy a volver, hombre.

JUAN CARLOS: Que sepas que esto es como un contrato verbal y tiene validez jurídica, ¿eh? Entonces, ¿hay trato o no hay trato? (*Gabriel se lo piensa.*) A esta hora que es, no sé yo si vas a tener muchos más autobuses como se te pase el próximo.

GABRIEL: Hay trato, hay trato.

JUAN CARLOS: Muy bien. *(Rebusca en su riñonera.)* Un placer hacer negocios contigo, jefe. *(Sigue rebuscando, algo inquieto.)* Joder...

GABRIEL: ¿Qué pasa?

JUAN CARLOS: La tarjeta, que no la encuentro. *(Cayendo en la cuenta súbitamente.)* ¡Me cago en mi vida! Que seguro que me la he dejado en la máquina antes cuando he ido a comprar un bocata. Como es de esas viejas que hay que meter la tarjeta en la ranura, me la habré dejado metida. Si al final era mucho mejor funcionar con dinero, ya te digo.

GABRIEL: O con bares con camareros, como toda la vida.

JUAN CARLOS: Si es que donde esté el toque humano... *(Saca el móvil de la riñonera y marca un número.)* Pues la voy a tener que anular. *(Se lleva el teléfono a la oreja. Al momento, se lo quita y teclea.)* La puta maquinita. ¿No te digo lo que hay? No pillas un operador de carne y hueso ni por equivocación. Hay que joderse.

GABRIEL: Bueno, ¿y yo qué hago?

JUAN CARLOS: *(Mientras teclea.)* ¿Sabes tocar la flauta?

GABRIEL: Noche de paz.

JUAN CARLOS: *(Le da la flauta.)* Estamos en julio, pero servirá. Tú tocas y yo paso la gorra, así se crean sinergias. *(Guardándose el móvil.)* Mañana me paso por el banco para que me hagan un duplicado de la tarjeta y, si te lo curras, te pago el billete.

GABRIEL: ¿Y dónde voy a dormir?

JUAN CARLOS: Aquí al lado hay un cajero bastante guapo en el que entramos los dos. Lo mismo es de tu banco. ¿Tienes hambre?

GABRIEL: Ahora mismo no me entra nada.

JUAN CARLOS: En la mochila me queda medio bocata y un cartón de Don Simón casi sin empezar. Si luego te entra el hambre, dale sin miedo, que eso no te lo voy a cobrar: el toque humano. *(Señala la flauta.)* Pues hala, toca, hombre.

(Gabriel empieza a tocar 'Noche de paz'. Juan Carlos asalta a un viandante.)

JUAN CARLOS: Buenas tardes, jefe. A ver si nos puede dar algo para ir a Donosti, si es tan amable.

(Oscuro final.)